

Presentación

Nace un nuevo vástago en la ya numerosa familia del Aula de Tauromaquia. El nono, ni más ni menos. Un nuevo volumen que sumar al esfuerzo intelectual de los que ya vieron la luz años atrás, que nace con la creciente ilusión de aportar su pan debajo del brazo, de renovar esfuerzos, alegrías y meditaciones. Nace, una vez más, con el insondable deseo de no quedar rezagado, ni de ser el último de la ya larga familia.

Un lustro ha pasado desde que por razones diversas hubo de poner freno a las inquietudes editoriales del Aula de Tauromaquia de la Universidad CEU San Pablo; un lustro, sin embargo, lleno de nuevas experiencias, de novedosos saberes, de emociones diversas y de sesudos aportes. El Aula, en este intervalo, ha seguido multiplicando conocimientos, desvelando rincones de historia, de ciencia con mayúsculas, de serias disquisiciones, de filosofía, derecho, arquitectura, arte, y tanto como en derredor de la fiesta se crea.

Este nuevo volumen viene a sumarse a aquellos que ya mostraron y dejaron para la posteridad esos textos que, a lo largo de una década de trabajo fructificaron en una realidad ya plenamente tangible. El Aula, en estos últimos años, ha sido reconocida en su labor de difusión cultural de la fiesta por muy diversas entidades, pero permítanme, al menos, que me acuerde de la Asociación Taurina Parlamentaria, el Foro de Amigos de la Cultura Taurina –FACULTA–, el Club Financiero Génova o la Peña Cátedra Taurina de la UNED, esa Universidad nacional de todos y para todos, con las que nos une ese esfuerzo intelectual en pro de la fiesta. A todos cuantos supieron apreciar el esfuerzo, no sólo a los citados, muchas gracias.

Seguimos pues en la senda iniciada, con sus aciertos, y sin duda también errores, en esa labor de divulgación de distintos y muy diferentes aspectos de nuestra fiesta más nacional (un recuerdo, merecido, al gran bibliógrafo, bibliotecario y polígrafo, el Conde de las Navas), aunque perdamos la orientación que supusieron siempre estos volúmenes anuales. Nos explicamos. Distintos y muy diferentes aspectos tratados, pero en esta ocasión, como habrá de serlo en un futuro que, más que próximo, esperamos inmediato, unidos temáticamente en dos grandes bloques, dos partes diferenciadas pero integradoras. Perdemos la orientación anual porque en futuras entregas habremos de reunir trabajos, estudios, investigaciones que girarán en torno a un mismo asunto

temático, sin respetar si se dictaron como conferencias en un año concreto o en el o los siguientes.

Este es, pues, un volumen de transición; un cambio de perspectiva, un sistema de enlace. Tiene pues, éste que tendrás entre las manos, dos partes no sé si muy bien o correctamente diferenciadas.

En la primera de ellas hablaremos del toro de lidia. “Y en el centro, el toro”, lleva por título, casi parafraseando alguno de los comentarios que el profesor Antonio Purroy dictó en su notable conferencia; un escrito afirmativo de la auténtica base del espectáculo, sobre la que se asienta la esencia del toro bravo, sobre el que se construye la fiesta de los toros.

Primera parte más o menos torista y ganadera en la que, junto a ese grito enaltecedor de la sustancia del espectáculo, se reúnen trabajos sobre la historia del ganado bravo, bien en la Alta Andalucía –y durante los siglos XVII al XIX–, como nos mostrará Antonio Morales Arias, que diserta sobre el ganado bravo en el área de Segura de la Sierra y comarcas aledañas–, bien en la romántica Navarra del XIX, esa región de España que dio lugar a uno de los encastes más interesantes, fieros y subyugadores de cuantos han existido –ahora de la mano de nuestro buen amigo Koldo Larrea, autor también de otras notables obras históricas, y que ahonda en el ganado que acudiría a Pamplona en el siglo de las guerras carlistas, que tanto hubieron de afectarla–.

El primer estudio nos mostrará una región de España, en la linde de los reinos de Castilla, Jaén, Murcia y Granada, que tuvo una enorme y muy olvidada importancia en la crianza del toro de lidia. Recuerdo que hace años hice una primera aproximación a su verdadera trascendencia, y me complace presentarles ahora, el notable impulso que a su historia y realidad ha dado el gran investigador que es Antonio Morales Arias. Y junto a ello aparecerán un buen puñado de ganaderías de casta navarra de la mano de Koldo Larrea, ganaderías siempre en competencia en la Pamplona del XIX, con sus triunfos y fracasos, pero siempre reafirmando un encaste que llegó a ser mítico. Dos partes de una misma España, de una misma fiesta, plurales pero enriquecedoras.

En ese paseo histórico no faltará una aproximación a la auténtica realidad de una ganadería que, formada a principios del siglo XX, conforma ahora un encaste singular, cada vez, por desgracia, más minoritario en el panorama del campo bravo español, la de Contreras. Se narrarán sus peripecias, sus aciertos y sus errores, sus éxitos y desengaños, huyendo de dulcificaciones vaporosas que pueden enturbiar la visión pretendidamente histórica de la misma.

Y finalizaremos esta primera parte con una de las aportaciones –no es la primera del mismo autor, sin embargo– científicas de mayor interés de los últimos tiempos. De la mano del profesor Javier Cañón, bucearemos en las bases genéticas de la bravura del toro de lidia, atisbando las raíces de la selección genética en la búsqueda de tan apreciado carácter o de otros asimismo próximos, como la nobleza, la toreabilidad y tantos que hoy preocupan al sector ganadero de bravo, a los profesionales, y, lo que es más importante aún, a los aficionados.

Realidades que no conviene olvidar, historia en la que se basa nuestra fiesta, su principal protagonista el toro, la caracterización de uno de sus encastes más interesante a través del ganadero que lo creó, el futuro plasmado en la investigación genética del toro de lidia... panorama diverso pero precioso que se fue mostrando en pretéritas Aulas.

La segunda parte lleva por título “Presencia”; presencia de la fiesta en la sociedad, en la historia, en el pasado real, tangible, cierto, de nuestra nación –tan rica y variada, pero tan fuertemente unida por lazos históricos, costumbres, sentimientos y cultura común–, presencia desde un remoto pasado a la actualidad, hondamente anclada en el alma de lo español, y por eso tan repudiada por los aislacionistas y los separatismos.

La fiesta lleva con nosotros, en diversas formas, más de un milenio, y aun podríamos retrotraernos mucho más si nos fijásemos exclusivamente en el juego con el toro, si las fuentes no hubiesen sido tan parcas en narrarlo. En esta segunda parte del neonato volumen, podrá el curioso adentrarse en el espectáculo desde el siglo XVIII en adelante.

En un primer capítulo nos trasladaremos al siglo de las luces en la Villa y Corte de Madrid. Recorreremos sus calles, los parajes donde la fiesta hubo de transcurrir, repasaremos sus ubicaciones urbanas, sus diferentes plazas de toros más o menos fijas; plazas construidas expreso para el espectáculo, precisamente para no ocupar los espacios públicos y comunes, y obtener con el pago de la entrada rendimientos económicos con los que dotar a los hospitales madrileños, destinar los fondos recaudados a obras públicas, atender caritativamente a los pobres de la cárcel de Corte, u otros fines asimismo benéficos. Breve repaso por la geografía madrileña del siglo de la Ilustración, a la par que por rincones perdidos y olvidados de la historia de la fiesta en la capital del reino. Nos detendremos, eso sí, antes de finalizar el siglo, antes de que se enseñoreara de la corrida de toros el primer gran triunvirato del pasado taurómico, el que formaran Romero, *Costillares* y *Pepe-Hillo*.

Sigue al mismo el interesantísimo estudio de Jesús García Añoveros, uno más a las muy notables aportaciones del profesor Añoveros, sobre uno de los grandes ilustrados defensores de la fiesta. Se trata en esta ocasión de don Luis de Salazar, conde de Salazar, el ministro de Marina que hubo de replicar y contradecir a ese otro gran marino ilustrado –presidente de la Academia de la Historia– que declamara contra el festejo más nacional, José Vargas Ponce. De cómo surgió la polémica, de cómo se desarrolló, de cómo ambos próceres y amigos discutieron sobre el asunto, y de cómo salió triunfante la tesis apolo-gética, lógica, sensata y racional, de don Luis de Salazar trata tan importante aportación. Nunca es tarde para conocer nuevos aspectos que contradicen las manidas, efímeras y falaces tesis de tantos detractores.

Ignacio de Cossío nos habla, paso al frente, de una de las glorias sevillanas del arte, un torero que eclipsado por José y Juan en sus inicios, fue, sin embargo, clave fundamental en el desarrollo y evolución del toreo moderno: Manuel Jiménez *Chicuelo*. Es *Chicuelo* un diestro poco conocido pero importantísimo en el devenir de la fiesta de los toros, de sus manos, de su inspiración nacieron aquellas dos faenas casi contemporáneas, en Méjico y Figueras, tras de las que surgiría ese arrebato artístico trascendental que fue el trasteo al toro *Corchaíto*, de Graciliano Pérez Tabernero, ese 24 de mayo de 1928. Quién no conozca lo sucedido podrá encontrar las claves en el capítulo correspondiente, bellamente amparado y arropado por la historia y las anécdotas de un torero imprescindible.

Y finaliza esa segunda parte, y el volumen, cronológicamente además, con un interesante estudio sobre “Los toros en el franquismo”, en que Domingo Delgado de la Cámara nos irá desgranando, a su parecer, las grandes aportaciones de una época importantísima de la tauromaquia aunque ésta no interesara oficialmente más que en lo que podía atañer al orden público y la imagen exterior y turística de España. Cuarenta años de historia en la que hubo tres grandes generaciones de diestros, al margen de la que ya existía antes de Franco o la que se forjó plenamente en la transición democrática, con mata-dores de todo punto trascendentales. No se olvida Domingo, como en él es habitual, de polemizar sobre determinados espadas, sobre determinados sucesos o sobre el toro de aquellos tiempos, pero siempre con razones que habrán de interesar y quién sabe si convencer a muchos escépticos.

Con esta visión panorámica de lo que el lector podrá encontrarse tras estas páginas, finaliza nuestra labor de presentación; como todas ellas, no es sino un aperitivo, un breve anticipo de la rica carta que se expone a continuación. Pasen y disfruten con este nuevo ejemplar del Aula de Tauromaquia, el noveno, que confiamos tenga nuevos hermanos –en diferente formato– a no mucho tardar. ¡Va por ustedes!

¿Quién es el verdadero protagonista de la fiesta?

ANTONIO PURROY UNANUA

Catedrático de Producción Animal Universidad Pública de Navarra

Existe una frase en el mundo de la Tauromaquia que se repite con frecuencia: «el toro es el núcleo central de la Fiesta». Es un aserto totalmente cierto y de vigente actualidad.

El toro ha ido evolucionando como lo ha hecho la propia Fiesta, e incluso, la sociedad española. Es por ello, que el filósofo Ortega y Gasset, decía que «la historia de la Fiesta de los toros está ligada a la de España, tanto que sin conocer la primera resultará imposible comprender la segunda». Se ha pasado del toro fiero y violento de hace 3 o 4 siglos, al toro actual, que es una máquina de embestir de forma suave, acompañada, previsible y repetidora. Del toreo tosco y sobre las piernas que se hacía en aquella época, al estático y estético que se ve ahora en los ruedos. El juego –pelea– inicial con el toro se ha elevado a la categoría de arte.

Aunque en el siglo XVII se produce un gran cambio con la aparición de los tres tercios –varas, banderillas, muleta– no es hasta comienzos del siglo XX cuando se pasa del toreo sobre los pies al toreo sobre los brazos, el toreo se convierte en quietud. Otro cambio fundamental en la Fiesta es la llegada del peto en 1928 que, curiosamente, fue importado de Nîmes (Francia), y que fue incorporado de manera oficial a la tauromaquia española en el primer reglamento taurino de carácter nacional (1930).

Lo cierto es que las últimas décadas del siglo XX y lo que llevamos de éste se ha buscado de manera exacerbada la nobleza, donde domina la estética sobre la emoción, acompañado de la falta de casta y de fuerza de los toros.

1. El tesoro del toro de lidia

Los españoles podemos sentirnos orgullosos porque el toro de lidia es la única aportación genuina española a la zootecnia mundial. La raza de lidia atesora un bagaje de historia, tradición, conocimiento, trabajo, sentimiento que la hace única en el mundo y todo ello lo han conseguido quienes son los responsables de que exista: los ganaderos de bravo, que mediante la selección y mejora han convertido un animal fiero e indómito en un animal bravo y noble, apto para la lidia.

Los ganaderos de bravo han inventado, sin ellos saberlo, la mejora genética animal moderna, consistente en una combinación de selección por *ascendencia* –elegir los hijos/as de los mejores padres y madres–, selección *individual* –elegir los se comportan mejor en la tienta– y selección por *descendencia* –elegir además los que transmiten el carácter bravura a sus descendientes–. Todo ello tiene una dificultad añadida y es que los caracteres a mejorar están relacionados con el comportamiento que, además de ser subjetivos, son muy difíciles de medir. Porque en definitiva, el toro de lidia es un productor de comportamiento en forma de bravura.

A ello, hay que añadir la riqueza del comportamiento en el campo, durante los 4-5 años que dura su cría. El comportamiento es el resultado de la integración de los estímulos externos que recibe el animal a través de los sentidos –oído, olfato, vista, tacto– y que pone en marcha el sistema endocrino quien responde con las secreciones hormonales que dan lugar a los diferentes comportamientos. De esta forma, se llega al comportamiento asociativo –en el ganado de lidia existe una lucha continua por la jerarquía–, sexual –la vaca es una excelente madre–, ingestivo –la mayor ocupación del ganado bravo durante el día es la búsqueda de comida en forma de pasto–, territorial –los terrenos, las querencias son una constante vital en estos animales–, cuidado corporal.

2. ¿Se puede ser animal doméstico y bravo?

Una cuestión que a menudo se suscita es la de saber si el toro de lidia es un animal salvaje o doméstico. Y la respuesta es que es doméstico, porque se cría en cautividad, no tiene que luchar por la comida y la hembra, y se explota para beneficio del hombre. Pero el que sea doméstico no le exime de ser bravo y noble, porque un toro de lidia puede ¡y debe! ser bravo y noble al mismo tiempo. La historia de la Tauromaquia está jalonada de toros bravos que han propiciado faenas inolvidables llenas de emoción y de arte. Por ello, el Club

Taurino de París creó, con muy buen criterio, el Premio al Encuentro, en que se reconoce la mejor coincidencia ente el juego del toro y la actuación del torero de la temporada franco-española.

En la búsqueda de ese toro bravo y encastado hay quien echa de menos los animales de casta navarra, aquellos que resultaban imprescindibles en las ferias de la segunda mitad del Siglo XIX, especialmente, de Madrid hacia arriba. Por ello, hay algunos ganaderos navarros jóvenes y románticos de este tipo de ganado (Miguel Reta, Jesús Fraguas), que están seleccionando estos animales para la lidia ordinaria, aunque es una tarea ardua y difícil, donde los progresos son muy lentos. Luego habrá que ver qué toreros están dispuestos a ponerse delante de este tipo de animales...

Pero es que los ganaderos de bravo aún tienen un mérito añadido, ya que siendo más fácil seleccionar bravura que nobleza, porque es más heredable aquella que ésta, han conseguido en estas últimas décadas progresar mucho más en la nobleza que en la bravura y no porque ellos lo hayan elegido de forma voluntaria, sino porque así se lo ha exigido el mercado del toro de lidia, que está dominado por los intereses espureos de los que controlan la Fiesta en la actualidad. Los empresarios de cualquier actividad económica están obligados a fabricar lo que demanda el mercado. Por ello, los dos rasgos fundamentales del toro actual son la falta de bravura en el caballo y el exceso de nobleza en la muleta. Esto ya lo predijo el gran intelectual español don Salvador de Madariaga a mediados del siglo pasado cuando dijo que «el toro moderno es un animal educado», o cuando en la década de los 90 de ese mismo siglo el ganadero J. P. Domecq dijo que se afanaba «en la búsqueda del toro artista», qué aberración.

3. La superación del estrés de la lidia

El toro tiene que ser bravo y encastado para poder superar con éxito el estrés físico y emocional de la lidia y así evitar las caídas. La superación del estrés supone adaptarse a la nueva situación en tres fases diferentes: la primera de alarma o novedad –toro *levantado* de salida–; la segunda de conflicto o resistencia –toro *parado* en el caballo y en banderillas– y la tercera de agotamiento o frustración –toro *aplomado* en la muleta–. Esto es lo que se ve cada tarde en una corrida de toros. De salida, el toro sale con muchos pies, aunque hay unos encastes más *calientes* que otros. El toro sólo sabe acometer, hay que enseñarle a embestir. En la suerte de varas el toro se enfrenta a un enemigo a menudo invencible, lo que le desmoraliza, a lo que hay que añadir que la suerte se hace mal: se pica trasero y caído y se abusa del castigo en el primer puyazo, tapando

la salida del toro; así, es muy difícil saber si un animal es bravo o no. Una vez en el último tercio sólo a los toros encastados y con fuerza se podrá obligarles, someterles y vencerles, para lo que habrá que cargar continuamente la suerte, o cruzarse al pitón contrario. Los toros nobles y bobalicones permiten el toreo al hilo del pitón, ese que no ofrece belleza y emoción, a los toros bravos y encastados sólo se les domina si se les somete.

Conclusión

No se puede negar que la Fiesta tiene problemas, su negación es no querer solucionarlos. Pero estos problemas de ningún modo amenazan el futuro de la Tauromaquia en nuestro país. A los aficionados, que son el bastión principal de la Fiesta, no puede invadirles el pesimismo. Es más, tienen la responsabilidad de salvaguardarla para entregar a las generaciones venideras una Fiesta tan buena o mejor que la que nos encontramos. La tauromaquia tiene tanto arraigo y tanta fuerza en nuestro país que es imposible que desaparezca. Y si los festejos de lidia ordinaria han perdido importancia como consecuencia de la grave crisis económica que padecemos, los festejos populares han incrementado su número, cosa impensable hace tan sólo 10 o 15 años, ¿por qué? Porque estos festejos destilan autenticidad, riesgo, emoción, participación y cercanía con las tradiciones y costumbres locales. La mayoría de estos atributos hay que recuperarlos en los festejos de lidia ordinaria si queremos que mantengan la importancia que tuvieron antes de comenzar la crisis.

También hay que reivindicar el entronque cultural de la Fiesta, pues prácticamente todas las disciplinas culturales están relacionadas con la Tauromaquia.

Pero lo que es auténticamente necesario para el porvenir de la Fiesta es la reivindicación de la autenticidad del toro de lidia, con trapío, con defensas intactas, bravo en la suerte de varas y nobleza encastada en el último tercio. Si además se consigue atraer poco a poco a la juventud a los toros, tendremos ganada la lucha por la continuidad de la Fiesta.

2

La historia del toro de lidia en los términos de Segura de la Sierra. Siglos XVII y XVIII

ANTONIO MORALES ARIAS

Introducción

El pasado ocho de Abril de 2010, tuve la satisfacción de pronunciar una conferencia, en el Aula de Tauromaquia de la Universidad CEU San Pablo de Madrid. Llevó el título de «La cría de Toros de lidia en Segura de la Sierra y su Partido», y todo ocurrió gracias a la amable invitación de don Rafael Cabrera, a quien yo había solicitado información, sabedor de que era, y es, un profundo conocedor de la historia taurina en general, con curiosidad especial por la de la Sierra de Segura. Mi solicitud iba encaminada a dar probanza de la existencia de ganaderías de toros de lidia en la Sierra de Segura. Su ayuda fue proverbial y, fruto de la misma, fueron surgiendo nuevos datos que conseguí poner en orden con la inestimable ayuda de Lope Morales Arias, reconocido experto en cuestiones serranas, y aún más en las taurinas.

La cortesía me obligaba a informar a don Rafael del devenir de la investigación, y así fue como un día me dijo: ¿Por qué no vienes a Madrid y se lo cuentas a mis amigos del Aula de Tauromaquia? Y dije que sí, tan rápidamente, que un segundo después, estaba ya arrepentido de mi osadía. Ponerme frente a la élite de la investigación taurina era, sin duda, una osadía aunque, al quite, siempre tuviera a los antedichos diestros. Pero llegó el día y la hora y también las felicitaciones que, sigo creyendo, fueron más sinceras que de compromiso. Uno es libre de creer lo que quiera.

Inmediatamente después, vino una lluvia de peticiones de los asistentes para ver la reproducción a texto de lo dicho en la tarima. Y como, por aquello del viento, hablar no se me da mal, no pensé que, por aquello de la posteridad,

lo que se escribe, aunque sea lo mismo, debe ser distinto a lo que se dice. Para colmo, igual que la pescadilla, para huir del compromiso, me embarcaba en los papeles, de manera que a la hora de volver al compromiso, lo escrito ya no servía ni como lejano reflejo de lo dicho.

Decidido hoy, por fin, lo que ahora hago, será complementarla y añadir algunos datos y situaciones desconocidas entonces y, de paso, aprovecharé para enmendar algún error de los que cometí. O sea, que de la pura transcripción de la conferencia de Madrid, he pasado a la versión reducida, pero densa, del libro que sobre el tema que nos ocupa saldrá publicado espero, en breve plazo, cosa que también espero. De esta manera la conferencia que, en su momento fue un extracto de un libro en ciernes, vuelve a ser lo que fue, un extracto de un libro en ciernes que tengo el gusto de presentarles.

Creo recordar que, tras los saludos y agradecimientos, sinceros y protocolarios, que doy aquí por incluidos, comencé así:

1. ¿Dónde estamos?

Hoy en día, la Sierra de Segura se encuentra en el nordeste de la provincia de Jaén. Pero no siempre estuvo ahí. Hubo un tiempo en que fue reino musulmán, otro en que fue del reino de Granada, otro en que fue provincia de Murcia, otro en que fue provincia de Jaén, otro en que fue provincia de Segura de la Sierra y otro en que fue comarca, hasta llegar a esta fecha, en que perdida ya su antigua condición de reino, provincia y comarca, ejerce de segundona en el mal llamado Parque Natural de Cazorla. En las Relaciones Topográficas de los Pueblos de España mandadas hacer por Felipe II en 1575, el redactor quedaría, seguramente estupefacto, al escuchar la respuesta de los vecinos a su pregunta: «*esta villa no es de ninguno de los reynos de Murcia, Granada, Andalucía, ni Toledo, porque está en medio de todos ellos*». Para saber dónde estamos, parece suficiente.

Dicen ser parte de la misma, trece pueblos que recuerdan a los trece caballeros de la orden de Santiago.

De los trece pueblos resaltan, por ahora, Segura de la Sierra, Orcera, Siles, Benatae y Santiago de la Espada, en lo referente a Historia del Toro Bravo. Y decimos por ahora porque podemos asegurar que en breve plazo aparecerán datos relevantes entorno a Beas de Segura y, cómo no, a Torres de Albánchez, Genave y Villarrodrigo. Estos últimos muy cercanos a lo que será una de las dehesas de vacuno por excelencia, la de Guadalmena o «Guadarmena», que así aparece nombrada en la mayoría de los documentos.

Hoy en día, como digo, porque antaño, cuando era Encomienda, abarcaba las zonas de Infantes, Albadalejo, Socovos, Lietor, Elche de la Sierra, etc.

Cuando Segura de la Sierra pierde su valor estratégico, pierde la atención de los poderosos, que no pierden su interés, en el sentido más financiero del término, en ella. La Encomienda de Segura se convierte entonces en un apetecible terreno para reyes, comendadores, delegados, subdelegados y demás gentes de buen vivir fuera de la misma.

Lo que en su inicio fue un encargo de gobierno, una encomienda, con el tiempo se convierte en una donación patrimonial de la que se sacan grandes beneficios a través del arrendamiento de sus frutos, sin esfuerzo alguno, salvo el de los propios serranos de a pié pero sólo para sobrevivir.

Esta Encomienda de Segura, gobierno autónomo de la Sierra, va a ser uno de los protagonistas de este trabajo al quedar evidenciadas las estrechas relaciones entre el diezmo del ganado, que la Encomienda cobra, los administradores de dicho diezmo y el ganado bravo que irá apareciendo a través de los siglos.

Si hoy hubiera que poner un nombre a la Sierra de Segura habría que llamarla la Sierra del Olvido. Antaño codiciada por unos y por otros, justificadora de noblezas e hidalguías, ciertas e inventadas, destierro de intelectuales que nunca quisieron marcharse, excelsa cárcel para presos excelsos, presente en la mente de todos los antiguos reyes y emperadores ya fueran íberos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, musulmanes o cristianos; de todo lo que podría saberse de esta tierra de grandes momentos, no se sabe nada. O casi nada. Porque poco a poco fue cayendo, en un premeditado ostracismo endógeno que finalmente ha reportado resultados positivos, cuáles son la conservación de los ecosistemas, del habla segureña y de profundas tradiciones que, en lo taurino se reflejan en los conocidos toros de San Marcos en Beas y de San Roque en Siles. Sólo cuando se ha intervenido desde el poder para conservar los montes, han salido los montes perdiendo. Aún hoy sigue ocurriendo de esta manera, y mientras siguen mejorando los ecosistemas, siguen empeorando los datos socioeconómicos.